



CORDELIA.

Siempre la llamé así. Ciertamente que su nombre, poético y dulce, cuadraba perfectamente con su carácter bondadoso y con la misión que ella llenaba sobre la tierra; pero su belleza plácida, sus ojos apacibles y hermosos de mirada lánguida y serena, su boquita fresca y sonrosada que sonreía siempre, marcando dos hoyuelos en sus mejillas, su cabellera fina, negra y sedosa que coronaba el rostro de madona, la morbidez de sus manos blancas de tez suavísima y su cuerpo perfecto, cuyas líneas se modelaban castamente en el sencillo vestido de limpio percal, me inspiraron de ella una idea romántica, un sentimiento particular, un concepto místico propio del ambiente en que la conocí. Por esto dí á Consuelo el nombre de Cordelia, en virtud de la semejanza que en ella encontraba con la ideal y tierna heroína de Shakespeare, la hija amorosa toda devoción, toda sacrificio y toda amor, que acompaña al viejo Lear en sus prisiones y le sostiene y acaricia.

Habitábamos en una casuca de vecindad formada por dos viviendas bajas principales del primer patio y dos más pequeñas del segundo. Era la tal casa una construcción baja en barrio apartado, de viejísimas paredes y patios empedrados, en

el segundo de los cuales había una higuera vieja que extendía sus ramas retorcidas y rugosas, secas y desnudas en invierno y semicubiertas de escaso follaje en primavera, sobre una fuentecilla que formaba semicírculo contra el descubierto adobe de la pared ó barda posterior y al pie de la cual se encontraba una loza que servía de lavadero á los inquilinos de ambas viviendas interiores. Yo ocupaba una de éstas, á la que venía á comer y á dormir después de mis horas de estudio, cuando seguía la carrera de ingeniero en medio de mi pobreza.

Tenía yo á Antonia para mi servicio: una vieja criada que, á manera de herencia, conservé conmigo á la muerte de mi madre y quien jamás consentió en separarse de mi lado en que fungía de cocinera, recamarera, enfermera y, en una palabra: de todo que fuere necesario, prefiriendo compartir la escasez "*del niño*", á abandonarlo por empleo más lucrativo.

En la otra vivienda interior, tan humilde y reducida como la mía, vivía Cordelia, la alegría del patiecito en que, durante el día, resonaban sus cantares que acompañaba gorjeando su gorrión que, en su pequeña jaula colgada de una rama de la higuera sobre la orilla de la fuente, se deshacía en saltos y revoloteos ante la reja de alambre por cuyos espacios asomaba curioso su cabecita para contemplar á su ama cuando, de rodillas é inclinada sobre el lavadero, jabonaba los blancos lienzos é, inconsciente de su belleza, lucía desnudos sus torneados y blanquísimos brazos ó cuando, incansable en la tarea, cosía en máquina á la puerta de su salita, pareciendo entonces tan linda y poética como un ensueño, como la fantástica aparición de Margarita hilando en su rueca, que Mefistófeles puso como irresistible tentación ante los codiciosos ojos del libidinoso Doctor Fausto.

En un principio permanecimos extraños, con-

formándonos con saludarnos cortés y fríamente cuando nos encontrábamos al paso. Pronto supo Cordelia conquistar, con su atractivo y bondad naturales, primero la simpatía y luego el afecto de mi vieja criada, que acabó por aprovechar todos los momentos que sus quehaceres le dejaban libres, para ir á hacerla compañía, sentada al umbral de la puerta y junto á la ruidosa máquina de costura, al pie de la cual la viejecilla, calándose sus antiparras, recosía nuestra ropa charlando como una cotorra con "*su amita*", á la que tenía gusto en ayudar en las faenas domésticas y cuyos recados se empeñaba en hacer. Mi criada era la única visita de la casa de Cordelia, su única amiga; nadie más que ella penetraba á las habitaciones de mi preciosa vecina.

Con Cordelia vivía su padre, un anciano á quien ella adoraba llenándole de cuidados y acicalándole como si fuese un niño, sin conseguir jamás verle peinado y limpio, pues él, á quien la razón había abandonado, indignado y rebelde á la odiosa tiranía de peine y cepillo, revolvió sistemáticamente su hirsuta cabellera y ensuciaba por manía sus vestidos.

Pasaba el anciano el día sentado en su sillón, en un ángulo de la recámara, sin querer jamás salir ni aún asomar de ella, hablando solo incoherente y constantemente, ó canturreando con ritmo golpeado y monótono un solo estribillo; más tarde este cantar llegó á ser para mí una obsesión, todavía me parece escuchar la vocecilla temblona y enronquecida mascullando la estrofa:

"*Tan..... tan..... tan..... tan.....*

"*Buen carpintero, buen carpintero,*

"*Con tu martillo clava ligero,*

"*Un ataúd haz por favor*

"*Para que en él guarde mi amor.*"



Llegó á incomodarme la tenacidad con que mi vieja Antonia me hablaba de Cordelia. ¿Qué me importaban las cualidades y primores que ella descubría diariamente en nuestra vecina y que me cacareaba á toda hora? ¿Era yo ciego acaso para no haber visto en la joven su singular belleza? ¿Era yo tonto para no comprender su alto mérito, sabiendo que con su trabajo, Cordelia subvenía al sostenimiento de su hogar donde, como un modelo de resignación y bondad, cuidaba del pobre demente cual madre solícita? Bastante demostraba con mi respetuoso alejamiento, que ni por un instante había yo tomado á Cordelia por una de esas jovencitas casquivanas con quienes es lícito coquetear y divertirse. Que era un tesoro, un ángel del cielo..... ¿Y qué? ¡Bien podía la vieja charlatana buscar otro tema para su conversación, ó dejarme solo rompiéndome la cabeza con mis problemas, mis líneas y mis números! Me ponía nervioso, malhumorado; despedíala vociferando, en tanto que ella, bajo el chaparrón de mis ágrías respuestas y mis improperios, inclinaba la cabeza y se alejaba mirándome con el rabillo del ojo, con un airucillo socarrón que me tentaba á arrojarle mis libros á la cabeza.

Acabó Cordelia por serme antipática y odiosa; sublevábame su aspecto de sencillez y humildad, irritábame su canto alegre y procuraba yo no encontrarla nunca al paso, cuando tenía que entrar ó salir de casa. Era yo injusto, lo sé; mas la culpa era de la viejecilla, de su necia terquedad.

Debió notar Cordelia mi actitud hostil, pues en la suya se indicó algún cambio la rara vez que el encontrarnos fué inevitable; su saludo se hizo más

ceremonioso y corto, bajando los ojos en mi presencia en tanto que su rostro se encendía por súbito rubor. Alguna vez noté que á hurtadillas, me seguía con la mirada al alejarme y eché de ver también que su carácter se había entristecido, pues en lugar de las alegres seguidillas que á plena voz cantaba en un tiempo, quizás inficionada por la perpetua cantinela de su padre, como él canturreaba por lo bajo:

.....“*Un ataid haz por favor
“Para que en él guarde mi amor.”*”



Una tarde al salir de la Escuela de Ingenieros, tropecé con Cordelia que, acongojada, llorosa y presa de visible angustia, pasaba apresuradamente por la acera, casi corriendo. Creí que algún necio canalla la perseguía y díla alcance para protegerla, para tranquilizarla con mi compañía. Dió ella al verme un pequeño grito de sorpresa y casi de alegría, diré, y con rápidas frases me puso al corriente de su desventura: su padre, el viejo loco, habíase escapado de la casa, después de la comida, aprovechando una distracción de su hija. Vagaba tal vez por la Ciudad, á riesgo de ser atropellado por un tranvía ó un carro y pronto á cometer cualquier desmán; quizá andaría por las calzadas ó potreros de los alrededores donde, llegada la noche podría ser víctima de un asalto y maltratado. Ofrecí á Cordelia mi ayuda y, cada uno por su lado, emprendimos nuestro viaje por calles, plazuelas y comisarías, interrogando á los transeuntes, á los amigos, á los conocidos, á la policía..... ¡Siempre en vano!

Cerraba ya la noche; rendido por el cansancio y

sintiendo que mis piernas se doblaban negándose á continuar aquella agitada peregrinación sin Norte ni esperanza, llegué á la calzada de Bucareli donde un grupo de hombres del pueblo á quienes me dirigí, me indicó haber visto pasar, rumbo al Sur, á un viejecillo semejante al que yo describía. Cobré aliento y haciendo un esfuerzo, continué la marcha.

¡Por fin! Era su vocecilla ronca la que oía á lo lejos cantando desafortadamente su sempiterna canción; era él la silneta que percibí trabajosamente entre la obscuridad, metido entre las hierbas de la zanja, con el agua á la cintura y llevando el compás de su canto con ambos brazos, frente al cercado de ramaje del antiguo cementerio.

Con mil trabajos pude retirarle de ahí, aunque menos siempre de los que yo esperaba creyendo tener que vencer su resistencia. No fué así: reconocíme y me tendió los brazos cariñosamente, llenándome del verde *chichicaxtle* que tapizaba sus piernas. Juntos desandamos poco á poco el camino por la desierta y tenebrosa calzada, hasta llegar por fin á la garita de Belem, donde tomé un coche que casualmente pasaba.

Ya bastante avanzada la noche llegamos á casa, donde Cordelia lloraba en brazos de mi criada que gemía igualmente. Excuso el relatar las muestras de regocijo y gratitud con que fuí recibido. Cordelia, loca de alegría, tomaba mis manos entre las suyas y las sacudía efusivamente mirándome con ojos que las lágrimas hacían aún más resplandecientes y hermosos. ¿Qué se hizo de mi animadversión en aquel instante? ¿Dónde estaba la antipatía que yo decía tenerla? Habré de confesarlo de una vez; ellas no eran sino un torpe subterfugio, un engaño con que yo mismo trataba de disfrazar mis verdaderos sentimientos; todo ello no era otra cosa que el amor, el amor tiránico contra el que en

vano trataba de volverme. ¡Era Cordelia la primera, la única pasión verdadera de mi vida!



Desde aquella noche, nuestras relaciones de amistad se estrecharon con gran júbilo y satisfacción de Antonia; el loco dió en manifestarme un cariño entrañable, una preferencia que hubiera hecho nacer celos en el corazón de cualquiera hija que no fuese Cordelia. Era yo á quien se llamaba cuando el anciano se entregaba á la cólera, quien con pocas palabras le reducía al orden; yo, á quien él quería tener siempre á su lado.

El trato cotidiano encendió más y más la temida llama. En vano luchaba yo conmigo mismo, recordándome mi condición de estudiante mísero y la imposibilidad en que me encontraba para formar un hogar, haciéndome presente la temeridad que sería el sólo pensar en ello. La imagen de Cordelia sonriente perseguíame en sueños y despierto no podía pensar sino en ella. ¡Verla, verla á toda hora, oírse, sentirme cerca de ella, era mi exclusivo y constante deseo, mi único afán!

¡Oh, qué gratas veladas las que pasábamos en su casa, sentados los cuatro junto á la mesa de limpia madera blanca en que el anciano marcaba con los nudillos de sus dedos el compás de su estribo, en tanto que Cordelia y Antonia cosían á la luz del humilde quinqué de vientre de vidrio azul y pie de hoja de lata en cuya bombilla, montado como un apagador de cirios, un recortado cartucho de papel de periódico servía de pantalla. Conversaba yo, inventando historias y cuentos que no tenían más objeto que hacerla reír, para que aquella boquita fresca y jugosa me mostrara, incrustado en el carmíneo coral de sus encías, el marfil

de sus dientes blanquísimos y regulares como las perlas del collar de una soberana!

Estuve unos días enfermo y confinado en mi lecho; mas bendije á mi enfermedad que me permitió, al salir de la convalescencia, el leer en el semblante desmejorado de Cordelia la inquietud que por mi estado había sufrido, el amor que para mí abrigaba su corazón. ¡Cordelia me amaba, sí, tanto ó más que yo á ella: me lo dijeron sus ojos; me lo dijo su acento emocionado y trémulo que la delataba!

¡No era posible resistir más! No me era ya bastante el poder verla y hablarla; era preciso que supiera cuánto la amaba, era forzoso escuchar de su boca la anhelada arrobadora confesión, amarnos á sabiendas y francamente, amarnos mucho, con frenesí! La pobreza no me espantaba ya, todo me parecía posible por tal de alcanzar su mano, á todo me resignaba y de todo me creía capaz.



Pasé una tarde acechándola desde mi habitación, atisbando una ocasión oportuna para declararme, hasta que ella salió un momento de la suya á conversar con su gorrioncito, creyéndose sola. Dirigíme á ella y le hablé de mil tonterías, confuso, desorientado, víctima de esa invencible timidez de los grandes amores, que hace balbucear al hombre de más experiencia y al más atrevido, hasta que logré encaminar mi conversación hacia el tema del amor, preparando así mi declaración; mas apenas pronunciado ese nombre, Cordelia se estremeció y fijó en mí sus miradas semi-escrutadoras, semi-llenas de espanto.

—No hable usted de eso, me dijo; no se debe hablar de amor conmigo.

—¿Es usted tan incrédula en él? le pregunté.

—No. Creo en el amor, señor del mundo; pero habemos seres en la tierra que somos sus párias, á quienes está vedado sentirlo ó poseerlo, y que no debemos tener corazón más que para el que sufre.

—Pero ¿si álguien amara á usted ... si álguien estuviera torturado por esa fiebre inapagable, por ese afán que martiriza?.....

—Yo le diría, repuso ella mirándome fijamente, que no tengo para él más consuelo que ofrecerle que mi mano de amiga; que me debo entera y absolutamente á mi desventurado padre; que no puedo aceptar compromisos que de él pudieran alejarme y que, aunque esto no fuera, no puedo, no debo constituir una nueva familia cuyos cuidados robarían al desvalido demente parte de los que estoy obligada y resuelta á prestarle. Yo le diría que llevo el dolor y la tristeza por único dote, le daría las gracias por el consuelo que su demostración de afecto me traía y le rogaría que me olvidara.

—Pero ¿si usted le amase?.....

—Sabría acallar la voz de mi amor.

—¿Y si eso la hacía sufrir?

—Sufriría; el sufrimiento engrandece á el alma.

—Pero ¿más tarde.....?

—El porvenir es de Dios; sólo él lo sabe, y pensar en la desaparición de mi padre sería repugnante y vil. Yo quiero que viva y le consagro entera mi vida para prolongar la suya. Odiaría á la persona de quien pensara que podía desear su muerte; me odiaría á mí misma, si creyese haber dado motivo ó derecho para concebir tal deseo!

—No creo forzoso ni verosímil que alguién pudiera desear tanto mal, amándola á usted.

—Mi padre sería para él un obstáculo, un estorbo.

—No, eso no. Si álguien pensara en separarle de usted, no podría ser más que por la considera-

ción y el anhelo de proporcionarla descanso, colocándole á él en condiciones más favorables, en una casa de salud donde, mediante un tratamiento científico, podría tal vez mejorar, quizá sanar, en tanto que al lado de usted es imposible esa esperanza y tal vez el retenerle es una ilusión peligrosa.

—La locura de mi padre es incurable, como todas las de forma apacible; la juzgo inofensiva, ya ve usted: tantos años lleva de padecerla y, hasta ahora Además, ¿cómo pensar en entregarle á manos mercenarias, donde no hallaría el cuidado que sólo el cariño proporciona?

—Bien, pero ello no es obstáculo, ningún hombre de corazón exigiría de usted un sacrificio..... ¿Por qué no amar?

—Deje usted ésta cuestión, se lo ruego. ¿No ve lo que me hace sufrir con ella? ¿A qué tratar ociosamente de supuestos irrealizables? Su insistencia me lastima.

—Perdóneme si la he ofendido sin querer.

—¿Ofendido? No, eso no: tome usted mi mano de amiga agradecida, de amiga que lo estima en lo mucho que usted vale y que le desea sobre la tierra *toda la dicha* á la que ella no puede aspirar.

Esa noche acudí á la usual tertulia íntima, cabizbajo y silencioso, con el corazón herido de muerte, haciendo el gasto de la conversación la vírgen fuerte, cuya boca reía en tanto que sus ojos desmentían la risa con vaga expresión de tristeza.

Me sorprendió de pronto el oírme cantar á media voz, haciendo dúo con el loco:

“*Tan tan..... tan ... tan*”

“*Buen carpintero, buen carpintero,*”

“*Con tu martillo clavá ligero,*”

“*Un ataúd haz por favor*”

“*Para que en él guarde mi amor.*”



Sufrí en silencio, decidido á respetar la abnegación de mi amada; pero con una secreta esperanza dentro del alma. No deseaba yo la muerte del enagenado; pero, llegada que fuera, quizá Cordelia consentiría en ser mi esposa: era su negativa un aplazamiento para mí, saludable y justo, que me permitiría concluir mi carrera y proporcionarme elementos para brindarla con un hogar donde, premio á sus virtudes, pudiera hallar, con el amor, el bienestar y la comodidad. Me consagré al estudio empeñosamente hasta presentar el último año de mi carrera, quedándome sólo por sustentar el examen profesional para recibir mi título.

Había aceptado el desempeño de trabajos y encargádome de dibujos y planos que me fueron bastante bien retribuidos, con lo que logré reunir secretamente algunas cantidades que coloqué en un Banco, en espera de aumentar mi depósito. ¡Cómo amueblaba yo imaginariamente una fantástica casita de campo, para formar el dulce nido! Cuántos cálculos y proyectos devanaba mi loca fantasía, que forjaba hasta los menores detalles de la instalación!

Aquel Viernes de Dolores quiso Cordelia, devota de la Virgen, ponerle su altar conforme es costumbre en nuestro país; yo fuí el *artista* encargado de la construcción: con muebles de ambos hice la armazón que cubrimos con colchas y cortinas, celebrando Cordelia la magnificencia del conjunto. ¡Cuánto réimos al ver llegar á mi criada con el martillo que consiguió prestado y trayendo, para colgar el cuadro de la Virgen, dos clavos tan enormes como si fueran destinados á soportar el peso

de un piano! ¡Cómo batía palmas la bella joven, después que hubimos colocado en las gradas del altarcillo los platos sembrados de cebada cuyos verdes tallos ella sujetaba con listones de colores, las naranjas en cuya superficie olorosa adherimos hojas de oro volador, los limpios candeleros con sus adornadas ceras y las botellas y frascos que yo, *químico titular*, había llenado de aguas teñidas con fuschinas varias!

Cordelia se lamentaba de no tener invitados que admirasen nuestra obra, y su alegría no conoció límites cuando yo, en la noche, llegué llevando un pequeño organillo con varias piezas en papel calado, con el que amenizar el devoto espectáculo.

—¡Música; tendremos música, padre!— decía saltando y batiendo palmas como una chiquilla, delante del viejo que la miraba con ojos de idiota.

—¡Música y aguas frescas que esta tarde hicimos Antonia y yo!

Conservó Cordelia su alegría durante toda la velada, que fué para mí una de las más agradables. Al despedirnos salió al patiecillo para acompañarme.

—¿Ha estado usted contento?— me preguntó.

—El de usted ha alejado por esta noche mis tristezas.

—No debiera usted tenerlas: va á recibirse, toca ya la realización de sus anhelos.

—¿De qué me servirá todo ello? ¡Mis anhelos!... .. Es usted cruel. El obtener el título no me traerá más que la pobre satisfacción de haber cumplido un deber, el último deseo de mis padres; pero al alcanzarlo no veo en él la llave de la felicidad; sólo un medio para defenderme de la pobreza. Mi vida no tiene objeto, mi corazón está muerto! una vez intenté ofrecerles á la única persona que hubiera podido colmarles de ventura fuí rechazado!

Miróme Cordelia fijamente; en sus ojos había

una expresión particular, una emoción que agitaba su pecho. Su mano oprimió la mía y sentí mi corazón palpar tumultuosamente; al cabo de una pausa, murmuró:

—¡Quién sabe !

¡Cordelia! ¡Por Dios! Me siento enloquecer! ¿No ve usted lo que sufro? Una palabra sola de esperanza y guardaré silencio; pero la vida me será grata con ella!

La mano de Cordelia me atrajo suavemente, acercó su boca á mi oído y pronunció:

—..... ¡Sí!

Y separándose de mí, ruborosa y avergonzada, huyó rápidamente á su habitación dejándome extasiado é incrédulo de tanta ventura.



Desperté muy de mañana al siguiente día, pesoso de abandonar un sueño que me ofrecía la imagen de Cordelia paseando de mi brazo por un hermoso jardín donde hablábamos de nuestro realizado amor, de nuestra ventura infinita! Vestíme suspirando y me disponía á salir, cuando un grito de mi criada me hizo acudir al patiecillo.

De casa de Cordelia salía Antonia para escapar, pidiendo socorro, hacia la calle.

Atropellando cumplidos y fórmulas sociales, entré á la salita desde la que oí el canto del loco cuyo compás marcaba un sonido enérgico, seco y duro.

—Cordelia, grité, Cordelia!.....

Nadie me contestó. Alarmado penetré á la alcoba, cuya puerta cerrada la mantenía en una obscuridad que aumentaba el deslumbramiento de mis ojos por el sol del patiecillo que acababa de atravesar. Cantaba el loco á gritos:

“*Tan..... tan..... tan..... tan.....*”

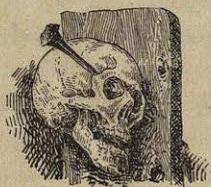
“*Buen carpintero, buen carpintero.....*”

—¡Cordelia!—repetí.

Ante el silencio nó vacilé ya más, abrí las maderas de la puerta que daba al patio y penetró por la vidriera la luz del día, á la que pude ver á mi amada, á la dulce Cordelia, yaciendo en su lecho en cuyas tablas estaba clavada su cabeza por un enorme clavo que atravesaba el cráneo por las sienas, en tanto que el loco, sucio, con los cabellos en desorden, en mangas de camisa, con expresión de estúpida alegría, salpicado de sangre y sentado en el suelo con las piernas abiertas, acompañaba su infernal canción golpeando rudamente con el martillo sobre el entarimado:

“Un ataúd haz por favor

“Para que en él guarde mi amor!”



EL APARATO DEL DOCTOR TOLIMAN.

—“Muchísimo mayor que la sorpresa, es el placer que me has proporcionado con tu visita, y adviérte que tal sorpresa no es *moco de pavo*, porque lo que menos podía yo figurarme es que mi señor primo, el viejo y laborioso agricultor tan apegado á sus labores y sembradíos, formáse y llevara á cabo la heroica resolución de abandonar, siquiera por breve tiempo, sus haciendas, sus trojes, sus ganados, sus plantíos, sus aperos de labranza y sus verdes y montañosos paisajes resplandecientes bajo la luz del sol tropical, y se decidiese por fin y á fuerza de mis ruegos é instancias, á prescindir de sus costumbres metódicas para lanzarse á la turbulencia y estrépito de esta Capital tan llena de tráfico y de polvo. Una muy grande alegría, te lo digo por centésima vez, una verdadera satisfacción es verte á nuestro lado y á nuestra mesa, por más que me exaspera ese tu condenado y terco capricho de volverte pronto á tus rústicos lares, avaro y parco del contento que me das con tu presencia.”

En estos términos se expresaba mi buen pariente, el Doctor Luciano Bernaldez, famoso alienista bajo cuya dirección se hallaba entonces el “Hospital para hombres dementes” de la Ciudad de